

Necrológica

Amaury Carbón

Isabel Moreno

Universidad de Salamanca

Somos, en cierta o alguna medida, lo que los demás creen que somos, o lo que recuerdan que fuimos. Nuestra imagen, la que se proyecta en nuestro entorno y genera las relaciones duales en las que se mueven el amor, la amistad, el compañerismo o la relación profesional, es, justamente, la que, más allá de la distancia y las fronteras —incluso las del tiempo, o sobre todo ellas—, nos acompaña para siempre. La de Amaury, una figura de enjuta apariencia, discreta, sobria y digna, nos llegó impregnada de la tenacidad, contención y fortaleza que las duras circunstancias vitales y ambientales que lo rodearon le permitieron conseguir al dominarlas. Y nos dejó el recuerdo de su tenor amable, su gran tesón, su infatigable vocación de servicio a la comunidad, y el gran afecto que sentía por todos los que aquí lo conocimos y el mundo que lo rodeaba, al que siempre trató de mejorar con la fuerza de su convicción y su voluntarioso esfuerzo.

Amaury fue, dicen, un maestro ejemplar, quizá porque tuvo, según confesaba, unos preceptores «generosos y competentes» que así lo formaron, y porque, después de iniciarse, coyunturalmente, en tales lides, descubrió en ellas una vocación que no lo abandonaría nunca: desde las pérdidas y pequeñas escuelas en las que inició su labor, hasta su docencia universitaria, en una madurez productiva que impartió en su Cuba natal o distintas universidades de nuestra patria y Europa. En verdad, como solía subrayar, con su magisterio exterior configuró el interior. Tal vez por eso también fue un discípulo agradecido de los buenos colegas que, por estos y otros lares, le ofrecieron su saber y le ayudaron de una u otra forma en sus tareas de investigación. Fue un hombre entrañable y, por eso, querido por su familia y sus amigos; un abnegado compañero que ambicionaba aprender de todo y de todos, y, a la vez, compartía con placer lo que sabía y poseía; y un trabajador tenaz, diligente y aplicado, capaz de dedicar su esfuerzo a materias tan distintas como las matemáticas, la literatura o la filología, el trabajo nocturno en los muelles, en la imprenta, en las fábricas de jabón y aluminio, en la albañilería, o en las obligadas movilizaciones agrícolas...

Realmente, cuando relataba retazos de su vida, nos enseñaba la historia de un lugar y de una época, que lo modeló, sin anularlo. Nosotros la conocimos mejor a través de su percepción; aprendimos de ella y de sus propios métodos para ajustarla a su humanidad, o superarla cuando era preciso: nos era fácil imaginarlo reco-

riendo largas distancias a pie o a caballo para ejercer su labor con los niños o los adultos; rescatando, de donde podía, viejas libretas cuando no tenía medios; buscando la actividad como fórmula didáctica para completar la formación de sus discípulos, e inventando recursos mnemotécnicos para ayudarlos. Lo veíamos, cansado, dar clases por las noches además de por el día, sin renunciar nunca a las exigencias de un complicado orden público, y nos admiraba su capacidad de compaginar esas tareas intelectuales con cualquier otra manual, útil para la comunidad en la que habitaba. Por eso lo nombraron «trabajador ejemplar»...

No es sencillo resumir su vida sin descender a los detalles ilustrativos que nos dan la medida de su carácter: cuando él hablaba de sus deseos, naturales diríamos los demás, de huir de la metralla de las avionetas del régimen que amenazaban a sus escolares, y de su esfuerzo para contenerse mientras aguardaba que éstos entraran primero a resguardarse, nosotros advertíamos su serenidad, esa fuerza de voluntad y generosidad que siempre fueron su marca de fábrica en las relaciones con los demás. Eso es lo que nos parece más importante; saber dónde nació —en Vega de Samá, Banes, provincia de Oriente...—, o recorrer su itinerario público, siquiera en la parcela que nos es más próxima y en la que lo conocimos, nos resulta menos indicativo. Nos gustaría recoger más su esencia que su existencia. Se pueden contabilizar sus cursos (los que recibió y los que impartió); sus charlas y conferencias, aquí o en otros lugares (Argentina, Brasil, Méjico, EEUU...); sus investigaciones y traducciones... Se podría hablar de su licenciatura (en Lengua y Literatura Hispánicas) o de su tesis (*El latín en Cuba*); de su labor como editor de revistas; de sus cargos académicos, de su colaboración como jurado en múltiples certámenes, y de sus propias distinciones y premios, así como de sus condecoraciones, unas más relacionadas con la cultura que otras. Pero todo eso, creemos —tal vez infundadamente—, aportará poco al conocimiento o al reconocimiento de su persona. Se pueden glosar los datos de una biografía sin añadir un ápice a la categoría humana y profesional del protagonista; repasar relaciones con su familia y amigos, sin conseguir transmitir el cariño y el respeto que se siente por ellos: el que él tuvo para todos y el que logró despertar en nosotros. Preferimos, por ende, realzar el eco de su impronta en los que aquí lo conocimos y estimamos, por su personalidad y por su ejemplo. Subrayar el recuerdo de la fuerza que transmitía su figura ascética, el valor de su compromiso político vivido con dignidad y convicción, y su honestidad profesional, que permanecerán con nosotros mientras podamos evocarle. En cualquier caso, nada de lo que nosotros podamos decir tendrá la misma capacidad de definición y evocación que la epigramática sentencia con que lo caracterizó un inteligente y querido compatriota suyo, amigo de todos: Amaury era «un santo marxista». Nada resume mejor su impronta. Hasta siempre, pues, “compañero”.